



MERCADO MUNICIPAL DE ABASTOS DE MIERES

Amores incomprensidos

MIGUEL DELGADO PANTOJA

Carmen y Paco

Eran las siete y cuarto de la mañana cuando empezó a entrar el primer destello de sol en el dormitorio de Carmen y Paco. Carmen tenía cuarenta y seis años recién cumplidos, y Paco rozaba los cincuenta, aunque se conservaba estupendamente, siempre y cuando uno no centrarse la atención en su fibrosa barriga cervecera propia de un hombre de su edad. Y es que desde hace unos veinte años se reunía con sus amigos después de trabajar casi todas las tardes para tomarse unas cervezas.

Y Carmen era una mujer bastante atractiva, aunque una mujer atractiva que ya ha sobrepasado los cuarenta. Siempre había tenido una figura excelente, aunque poco a poco ha ido ensanchando de caderas, cosa que nunca terminará de aceptar. Pero la edad no perdona. Por eso, a una determinada etapa en la vida lo único importante es que haya amor en una pareja. Eso lo soluciona todo. Y este era el caso de este peculiar matrimonio.

El desayuno

A las ocho de la mañana estaban terminándose el desayuno tranquilamente, el café típico con su tostada de rigor, como cada mañana en la mesita de la cocina, cuando Carmen le dijo a Paco:

- Hay que ver Paco lo rico que está el pan de Manolo, es de ayer y todavía está tierno... -le comentó de manera distraída.

- Qué exagerada eres... -dijo Paco con indiferencia-. Es exactamente igual que el que venden en la esquina.

Acabaron de desayunar, recogieron rápidamente los cacharros, y salieron del piso para comenzar su jornada laboral. Eran los dueños de una de las carnicerías del mercado.



La inconfesable felicidad de Valentina

Tras varias horas de trabajo, dieron las once de la mañana, hora en la que empezaba a llenarse el mercado. El sol centelleaba con agresividad a pesar de ser una mañana de febrero, y en el mercado todo se desarrollaba con normalidad. Tan sólo era una día más, o al menos eso parecía.

- ¡Miren qué frutas, señores! ¡Miren qué mandarinas más ricas tengo hoy! ¡Hoy tiramos la casa por la ventana! ¡Dos euros, cinco kilos! -dijo Valentina con mucho ímpetu y una tierna sonrisa.

Al escuchar a la frutera, Carmen empezó a cuchichearle algo a Paco, a la vez que terminaba de despachar a un cliente:

- ¡Qué energía tiene hoy la Valentina, eh! Hacía mucho tiempo que no la veía así. Me pregunto a qué se debe tanta alegría. ¿Se nos habrá enamorado? ¿Habrá conocido a alguien? Ya era hora, estaba tan sola la pobre desde la muerte de su esposo... -dijo mirando fijamente a la frutera con cara de asombro, y continuando con sus hipótesis sobre el extraordinario estado de Valentina.

Paco permanecía callado, sin interrumpir su discurso, con expresión impasible ante las palabras de su mujer. Al terminar ella con sus divagaciones, finalmente dijo Paco:

- Pues no sé, no me había fijado, la verdad. Yo la veo como siempre...

- ¡Qué poco observador eres Paco...! Nunca te enteras de nada hijo... -le reprochó Carmen.

Sin embargo, esta vez era diferente. Paco estaba muchísimo más informado sobre el tema que su mujer. Paco había pasado la tarde anterior en compañía de la frutera. Sabía exactamente los motivos de la felicidad de su ilícita amiga, pues los había vivido en primera persona y en exclusiva. Y no era la primera vez.

Planes vespertinos

Pasaron las horas y llegó el momento de cerrar el mercado, y Paco iría a la taberna, como todas las tardes, a tomarse un par de cañas con sus amigos:

- Me voy a la taberna. Hoy no me esperes para cenar porque hay partido de Champions... -le anunció a su esposa.

- Los hombres y el fútbol, vaya novedad... -dijo en tono irónico Carmen-. No te preocupes Paco, yo también llegaré tarde a casa. Me voy a casa de la Paqui a tomar un té y a ver la teleserie de la noche juntas.

- Perfecto, así me quedo más tranquilo. No vuelvas demasiado tarde cariño -Paco se acercó a ella, la dio un beso cariñoso en la frente, y se fueron cada uno por su lado.

Valentina y Paco

Pero Paco no iba a ver el partido al bar como daba por hecho su mujer. En las últimas dos semanas no había aparecido a esas citas futbolísticas que antes eran fundamentales en su vida. Sus amigos le echaban en falta. Por eso, para ir a casa de Valentina, bordeó la Taberna de Santi, punto de reunión de sus amigos, pues estaba a tan sólo dos calles del piso de su amante.

Valentina le abrió la puerta en seguida, como si hubiese estado de pie junto a la puerta esperando impaciente la llegada de su íntimo amigo, y le recibió con un camisón bastante sugerente y con una copa de champaña en la mano:

- Cómo te he echado de menos Paco... Y sólo han pasado veinticuatro horas desde nuestra última vez...

Sin embargo, Paco no le prestó demasiada atención a su espectacular aspecto:

- Tenemos que hablar Valentina. No podemos seguir así. Hoy he estado todo el día con un nudo en el estómago... Carmen sospecha algo de lo nuestro. Hoy me ha comentado que cree que has conocido a alguien.

- ¡Tonterías...! -dijo Valentina en un tono muy bajo y afectivo-. ¿Por qué vas a ser tú justamente el hombre del que estoy locamente enamorada? Anda que no eres inocente mi Paquito... ¡Como si no hubiera hombres en el mundo...! -Y dicho esto, Valentina empezó a besarle apasionadamente y Paco no fue capaz de negarse a hacer el amor con ella.

La soledad de Paqui

Mientras tanto, a unas tres manzanas de distancia, Paqui estaba sola en su piso viendo un programa del corazón en la tele. Estaba en pijama, con una crema cosmética extendida por la cara y los rulos puestos. Y es que esa tarde no esperaba ninguna visita. Hacía ya dos meses y medio que su mejor amiga, Carmen, había dejado de ir a tomar el té a su casa los martes y jueves, días en los que solían verse sin excepción:

- Hay que ver... Desde que Carmen empezó su aventura con Manolo, me siento realmente sola, dejada de lado -pensaba para sus adentros Paqui-. Qué suerte tiene... A nuestra edad conseguir un hombre es muy difícil, y sin embargo ella tiene dos. ¡Qué injusta es la vida...! -Paqui miraba la televisión sin demasiado entusiasmo y con lágrimas en los ojos-. ¡Ojalá tuviese un marido al que ponerle los cuernos...!

Manolo era el panadero del mercado, y desde que abrió su puesto, hace ya unos tres meses, Carmen no dejó de comprarle el pan a él ni un solo día, y establecieron así en seguida su insospechada relación de amantes.

Carmen y Manolo

En ese mismo momento, Carmen se encontraba en casa de Manolo. Ambos desnudos y tumbados en la cama, hablando en voz tenue y haciéndose caricias como si acabasen de conocerse, en pleno auge de enamoramiento:

- Hacía tanto tiempo que alguien no me hacía así el amor... Eres un ángel -le susurró al oído Carmen a su amante, a la vez que le acariciaba el pelo y le daba una calada a su cigarro.



- Creo que estoy enamorado de ti -le comentó Manolo de forma muy natural.
- Y yo angelito, y yo... -y sus cuerpos se unieron más todavía en un sincero y apasionado abrazo.

Engaños mutuos

Carmen era bastante más perfeccionista y cuidadosa que su esposo Paco a la hora de engañarle con otro. Pero Paco, con su dejadez e inconfundible inocencia que tanto le había caracterizado desde su juventud, cuando Carmen le conoció a los veintidós años, era una coartada igual de efectiva que la calculada y meditada estrategia de su mujer. Por ello, ambos estaban a salvo de posibles sospechas: Paco no sospechaba de su mujer por su aparente, aunque real, actitud pasiva ante la vida, y porque últimamente su vida sexual había mejorado de forma muy considerable; y Carmen no sospechaba de Paco al creer ciegamente en la inocencia de su marido y porque su actividad sexual también había mejorado.

Muchas veces nada es lo que parece, y las actividades cotidianas que se veían día a día en el mercado, nada tenían que ver con sus vidas en realidad. Durante el trabajo, Paco y Carmen eran personas muy entrañables para los clientes que asiduamente compraban la carne y el fiambre en su puesto, eran un ejemplo digno de matrimonio feliz:

- Hasta que la muerte los separe -pensaban sus amigos más cercanos.

Y tal vez sea cierto, ambos son muy felices a su manera, y cada vez tienen menos calibre en sus vidas los remordimientos, puesto que todo lo cotidiano acaba convirtiéndose en una forma de vida aceptada y respetada por la conciencia de cada uno.

Esa noche Paco llegó a casa pasada la medianoche y, como era de esperar, Carmen había sido más precavida y llevaba ya una hora dormida en la cama. Paco se desnudó, se lavó los dientes, la dio un suave y digno beso de buenas noches en la mejilla y se metió en la cama sin hacer ruido para no despertarla. Sin embargo, Carmen no estaba dormida, aunque simuló estarlo, y sonrió en la oscuridad de la noche recordando la tarde que había pasado junto al hombre que le había hecho recobrar sus años de adolescencia, junto a su panadero.

Día especial

Al día siguiente no tenían que trabajar, era su día festivo, y se levantaron de un humor excelente. Los dos hicieron las tareas de la casa con una felicidad que rozaba lo extravagante y con la *Novena Sinfonía* de Beethoven a todo volumen.

En cuanto acabaron, se fueron a dar una vuelta para comprar el periódico y tomar el aperitivo, pues hacía una mañana tan excelente como la anterior, y durante esas horas matinales parecían de nuevo aquella pareja joven, apasionada y aventurera qué fueron hace no tanto tiempo.

En un momento dado, Paco se dirigió a su mujer y la dijo en un tono muy dulce:





- Te quiero cariño. Hoy es un día especial. Mira qué sol más maravilloso hace. Hoy comemos fuera, y luego te invito al cine. Me siento extraordinariamente joven y quiero recordar aquellas increíbles primeras citas que tuvimos yendo al cine cuando te conocí.

- No sé qué te pasa hoy cariño, pero que sepas que te quiero -respondió Carmen, atónita ante las palabras de su marido.

Y empezaron a caminar juntos buscando un restaurante en el que poder celebrar su dieciocho aniversario, aunque ni él ni ella se acordaron de ello.

Eran un matrimonio feliz, y por lo general ella muy atenta y él muy despistado, pero no hoy. Hoy los papeles habían cambiado. Hoy él la iba a sorprender al celebrar de esta manera su dieciocho aniversario.

Carmen y Paqui

A la tarde siguiente, a las nueve de la noche, sonó el timbre de la casa de Paqui. Ella no esperaba ninguna visita, por lo que avanzó sigilosamente hasta la mirilla de la puerta y al mirar a través de ella, se quedó totalmente sorprendida... Y después de varios segundos de vacilación, abrió la puerta.

- ¡Lo siento, lo siento, lo siento...! Perdóname Paqui, por favor... Te echo de menos... Siento haberte dejado de lado todos estos últimos meses -dijo Carmen con mucho énfasis y sin dejar reaccionar e intervenir a Paqui en sus palabras-. Ayer lo vi claro, me di cuenta de lo importante que son las cosas que tengo más cerca, las personas que siempre han estado ahí, que nunca me han fallado... Y tú eres sin duda una de esas personas tan especiales en mi vida -dicho esto último, Carmen se tranquilizó un poco y acto seguido miró fijamente a su añorada amiga con evidente dulzura, y concluyó-. Lo siento de veras...

Y tras mantener ambas una mirada penetrante, fusionaron su reconciliación en un interminable abrazo, en el que las lágrimas no tardaron en formar parte de tan emotivo reencuentro.

Pasaron unos treinta minutos. Las dos amigas estaban sentadas en el salón poniéndose al día de todo lo ocurrido durante los tres meses que habían estado sin verse, a la vez que disfrutaban del simbólico e insaclicable té, que tanto significaba para ellas, y que esa tarde se convirtió más que nunca en un símbolo visual de la eterna amistad que conservarían hasta el fin de sus días. Y como era de esperar, era Carmen la que tenía más novedades que contar:

- He decidido poner en práctica tres principios de obligado cumplimiento en mi vida: mi Paco, mi Paqui y mi Manolo. Y por ese orden. ¿Qué te parece mi niña?

- Nunca cambiarás... Estás como una chota. Y lo peor de todo es que me das envidia. Ya me gustaría a mí tener la suerte que tú tienes, si se le puede llamar así -señaló Paqui con una sonrisa de complicidad bastante pícara.

- Hay que echarle morro a la vida, Paqui: o te mueves o caducas... -afirmó en tono irónico-. Bueno señorita, te dejo que hoy le he prometido a mi marido que le iba a preparar una cena especial: he comprado en el mercado las dos mejores langostas que he visto, y a sus espaldas. Ya verás la sorpresa que se lleva. Es para compensar el sorpresón que me dio ayer.



Cena sorpresa

A las diez en punto de la noche, Carmen ya lo tenía todo preparado. El manjar estaba ya sobre la mesa del comedor, incluso estaba acompañado por un par de velas que daban a la escena una atmósfera romántica. Paco no tardó en llegar a casa. Había estado en el bar con sus amigos, costumbre que hoy había vuelto a poner en práctica gracias a la jornada tan especial que pasó el día anterior en compañía de su mujer, y no de su frutera. Al ver

todo lo que había preparado su querida esposa para la cena, pareció que ambos revivían su juventud, eran de nuevo personas locamente enamoradas, aunque muy a su manera:

- Hay que ver qué rico está el pan de Manolo... -dijo Carmen durante la cena de forma automática y sin pararse a pensar en las palabras que acababa de pronunciar.

Paco, al escuchar a su mujer, pensó para sí mismo:

- Pues los albaricoques de Valentina ni te cuento... -y miró a su mujer con una diabólica pero tierna sonrisa. Esa era la incombustible dicotomía de su vida, de sus vidas. Esa era la vida que ambos habían elegido.

La persona que desea abandonar el lugar en donde vive no es feliz (Milan Kundera)

MIGUEL DELGADO PANTOJA
Estudiante de Periodismo



MERCADO MUNICIPAL DE ABASTOS DE MIERES

Se encuentra en la calle Doce de Octubre s/n, cercano al Parque Jovellanos. El mercado es de un estilo modernista y ecléctico característico del siglo XX. Fue fundado en el año 1907. Ocupa con exclusividad toda una manzana y es de una única planta. La fachada es a cuatro calles, lo mismo que las entradas, que son de portada abierta en arco de medio punto y rematadas por frontones. Su elevado tejado permite el paso de la luz a través de una hilera de ventanas, las cuales tienen los arcos muy abiertos. En la construcción de la estructura se empleó hormigón, hierro y cristal. Está prevista una remodelación total del edificio por ser muy antiguo, aunque

por el momento lo único que se ha hecho es pintar la fachada y reemplazar las viejas puertas de apertura por unas de cierre automático. En la actualidad hay 158 puestos abiertos, arrendados por el Ayuntamiento de Mieres en adjudicación directa a cada uno de los encargados particulares que se ocupan del mercado.